

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL VENDEDOR AMBULANTE

Fernando Olavarría Gabler

124



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL VENDEDOR AMBULANTE

Fernando Olavarría Gabler



*F*lorencio vivía en un conventillo. Su cuerpo frágil y delgado, como una rama de árbol de invierno, no se sentía incómodo en su hogar, que consistía en una oscura pieza donde apenas cabía un catre y un cajón de manzanas vacío que hacía de velador. Algunos clavos grandes, ensartados en las mugrientas paredes del dormitorio, servían como perchas para una escasa vestimenta. En un clavo especial colgaba un terno también especial. Con él puesto solía trabajar los domingos en algunas plazas y calles importantes. Era un “chaqué” azul oscuro al cual le había pegado en forma desordenada unas estrellas plateadas de cinco puntas. A este disfraz se agregaba un sombrero tarro de pelo, también adornado con estrellas más pequeñas. Un vecino de pieza, en el conventillo, se lo había regalado. El antiguo dueño era un viejo que había trabajado en una empresa de pompas fúnebres, en la época en que estas empresas poseían carrozas con caballos y cocheros vestidos de negro que usaban dichos sombreros. El ataúd viajaba en el interior de la carroza cuyas paredes laterales eran de cristal. Por fuera de la carroza iban colgadas coronas de flores y también alrededor del ataúd se colocaban ramos de flores como adorno. La carroza era una verdadera vitrina con ruedas. Era tirada por caballos enjaezados con pendones y cubiertos con negras redes, similares a las de los caballos feudales.

Este sombrero, al que se le habían agregado estrellas

plateadas, se guardaba en el hueco del cajón de manzanas que servía de velador.

El cité era un callejón con puertas laterales que correspondían a cada pieza. Éstas estaban numeradas. La última pieza no estaba habitada porque allí había un lavatorio y una letrina común para uso de todos los arrendatarios.

Florencio, a pesar de vivir en un lugar tan miserable cuyo precio de arriendo era exiguo, tenía serios problemas en cumplir con el pago mensual, debido a que lo poco que ganaba en su oficio, lo invertía en alimentarse y adquirir materiales para manufacturar los juguetes que vendía en la calle. En los días de semana se sentaba en un piso en el callejón y elaboraba pelotas de papel de llamativos colores rellenas con aserrín y con un elástico que permitía que la pelota brincara al darle impulso. También hacía pequeñas marionetas con figuras de soldados que, al tirar de un hilo, éste hacía levantar los brazos y las piernas del muñeco. Otro juguete era el de un atleta de madera que hacía cabriolas en una barra. La barra era un cordel retorcido que se desenrollaba al ponerse tensa cuando se apretaban los dos postes que la sostenían, el gimnasta hacía rápidas volteretas girando sobre si mismo. Juguetes más difíciles de fabricar eran unos pajaritos que volaban por un hilo que unía el pico del pájaro con una varilla de mimbre. Las dos plumas de la cola, dispuestas como hélices, hacían rotar un eje en un pequeño círculo



de hojalata que rozaba una uña metálica. Esto provocaba un sonido similar al trino de las aves. Al hacer volar el pajarito mediante la varilla con el hilo, giraban las plumas de su cola y el juguete emitía un sonido agradable a los oídos.

Carmen, una joven que dormía en el cité y trabajaba como empleada doméstica, le ayudaba a Florencio a hacer estos juguetes. Ella le prestaba a Florencio un piso para sentarse y también traía otro para estar los dos cómodamente sentados. Una caja de cartón conteniendo los artículos para los juguetes, los separaba pero también los unía en amistad. Carmen sentía cariño por su vecino. Algo los unía y era la pobreza que los rodeaba.

Carmen era hija de campesinos. Había emigrado de una zona rural hacia la ciudad y no le había ido bien como ella se había imaginado. Por ser casi analfabeta, solamente había conseguido trabajar como asesora del hogar en la casa de una familia donde había varios niños. Éstos, de corta edad, la hacían a veces desesperarse por la intensa tensión nerviosa causada por sus gritos, carreras y desorden. Además de cocinar, hacer el aseo y servir la comida, tenía que cuidar a los niños ya que ambos padres se ausentaban para ir a trabajar. Cuando terminaba su jornada, estaba tan agotada que solamente deseaba llegar a su pieza, tenderse en la cama y dormir hasta el día siguiente. Los fines de semana se entretenía haciendo los juguetes y conversando con Florencio, de



muchas cosas: Del tiempo, de su niñez cuando vivía en el campo, de sus angustias en su trabajo, etcétera.

Florencio la escuchaba con placer porque le era grata su presencia, le alegraba su vida. Hacía que se olvidara de su tristeza, de su miseria física y espiritual. Él también le contaba las vicisitudes de su niñez. Su mamá, madre de siete hijos, al quedar viuda, no pudo soportar la supervivencia de su familia y repartió a los niños entre sus familiares. Los que sobraron en este reparto los entregó a un orfanato. Florencio fue uno de ellos y se crió allí. En ese establecimiento aprendió a fabricar sus juguetes que le sirvieron después para ganarse el sustento.

Ese invierno fue lluvioso y más frío de lo habitual. Hubo varios domingos en que llovió torrencialmente y Florencio no pudo salir a vender los juguetes. Carmen ya no vivía en el cité porque había conseguido otro trabajo en la casa de unos ancianos. La habían contratado con jornada completa puertas adentro y su labor principal -más descansada- era cuidar a la anciana que estaba inválida.

Antes de irse se despidió de Florencio y le dejó el piso de regalo para que trabajara en el pasillo, pero el Sol se había ido y Florencio no podía trabajar bajo la lluvia sentado en su taburete. Siguió haciendo sus entretenciones para niños en la oscuridad de su

pieza. La luz venía de la puerta que mantenía abierta porque de otra manera quedaba completamente a oscuras.

Era necesario ahorrar fósforos y no gastar la vela que le servía de lámpara de velador.

Pasaron las semanas y Florencio se moría de hambre. Empezó a toser. Un resfrío mal cuidado no lo abandonaba y el encargado de cobrar el arriendo de las piezas a los usuarios le manifestó que no podía seguir en el cité porque debía tres meses. Florencio decidió ir a vender sus juguetes a los bares y restaurantes pero como allí no había niños no le fue bien. Apenas había vendido un pajarillo y dos cajas que imitaban el cacareo de una gallina. Desilusionado, echó los juguetes en la caja de cartón que colgaba de su hombro mediante una correa y salió del cité con la idea de no regresar. Había decidido irse a otra ciudad vecina, que era más grande y más poblada. Se fue caminando por la carretera.

Ese día no había llovido y una tarde luminosa lo acompañaba en su andar. Cuando empezó a anochecer, Florencio se encontró en pleno descampado sin tener un lugar donde descansar. Ya oscuro, alcanzó a ver una casa en ruinas situada en un potrero. No tenía techo y sus murallas de adobe era lo poco que quedaba de ella. Florencio pensó pernoctar allí y atravesando con dificultad el cerco de alambre se refugió en el ángulo formado por dos de las murallas. Allí se sentó en el suelo y con la caja de los juguetes que le servía de protección se quedó dormitando. Tenía calofríos y sentía mucha

hambre. Pronto el sueño le alivió en parte sus sufrimientos. Soñó que Carmen lo venía a ver, que los pajaritos, los soldados marionetas y los atletas de la barra de cordel, hacían cabriolas, abrían la tapa de la caja de cartón y saltaban sobre su pecho. Los pajaritos gorjeaban y después de volar sobre su cuerpo, chocaban contra las murallas y se posaban sobre su cabeza. Las pelotas de vistosos colores rebotaban en el suelo y chapoteaban en las charcas que había en el interior de la casa, se mojaba el papel y morían, desparramando el aserrín que había dentro de ellas. ¡Despierta! -gritaban todos- ¡No te mueras Florencio! ¡Te salvaremos!...

¡Carmen! ¡Carmen! ¿Dónde estás? ¿Por qué me abandonaste? Florencio despertó. Le castañeteaban los dientes y le dolía intensamente la cabeza.

Unos lugareños que transitaban por allí, habían oído unos gritos que provenían de la casa en ruinas. Llamaban a una mujer de nombre Carmen. Al aproximarse y averiguar de qué se trataba, se encontraron con un hombre preso de gran fiebre que deliraba y gritaba dicho nombre. Avisaron al Retén de Carabineros y éstos, al percatarse de la gravedad en que se encontraba, avisaron para que una ambulancia lo fuera a buscar para hospitalizarlo.

Florencio, después de varios días de intenso tratamiento, se recuperaba paulatinamente y sus fuerzas físicas iban reponiéndose.

Una mañana, mientras almorzaba en cama, apareció una

joven. Avanzó lentamente por la sala de enfermos, deteniéndose en cada cama como si estuviese buscando a alguien. Cuando se detuvo frente a la cama de Florencio, grande fue la alegría. Era Carmen.

-Supe lo que te había pasado -le dijo- porque la noticia salió en los diarios: *“Un hombre preso de una grave enfermedad había sido encontrado abandonado en las ruinas de una casa de campo y sobre su pecho y cabeza había múltiples juguetes que parecían protegerlo, los habían sacado de una caja de cartón, estaban repartidos sobre el enfermo y alrededor de éste.”*

-¿Qué es de tu vida?, preguntó Florencio. ¿Sigues cuidando a los ancianos?

-La señora falleció- respondió Carmen- y también mi padre. He decidido volver a mi casa, en el campo, para vivir con mi madre. Cuando leí la noticia en el diario no tuve dudas que eras tú y vine a visitarte.

Te he echado de menos. Una vez que te den de alta del Hospital ¿no quieres venir conmigo a vivir en mi rancho?

El sol de verano daba calor y alegría. Florencio se había recuperado totalmente. Más aún. Las labores agrícolas que había asumido en su nueva vida en la casa de Carmen, lo habían fortalecido. Podríamos decir que estaba rejuvenecido.

De vez en cuando, los domingos, después de volver de misa con su esposa Carmen, ambos se entretenían haciendo los antiguos juguetes. Se los tendré como regalo a mi hijo- pensaba Carmen mientras desgranaba porotos; también los acompañaba Florencio hijo, dentro del vientre de su madre.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma
dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airoлга
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico



 creative commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.